

JENNIE FIELDS

LAS LEYES DE LA ATRACCIÓN

Traducción de Milo J. Krmpotić



1

Aún con el tacto cálido de la ciudad sobre su cuerpo, Rosalind se quita las medias y las mete en el lavabo junto con un puñado de carbonato sódico. Es una costumbre que adquirió durante los años de la guerra. Logró sobrevivir entre 1942 y 1944 con dos pares incondicionales de medias porque los trató como si fueran unas orquídeas extrañas. Dios. Conoció a chicas que tenían que pintarse una línea a lo largo del dorso de la pierna porque se les había roto el último par y no podían comprarse uno nuevo. Unas líneas que a las dos de la tarde ya estaban corridas como el lápiz de labios al final de un beso desesperado.

Una no se deshacía así como así de las sensaciones de la guerra, el racionamiento, el terror a abrir el periódico cada mañana y encontrarse con las dramáticas noticias. Rosalind no olvidará nunca la punzada que sintió en la garganta al ver a su vecino de al lado llorando mientras cambiaba la estrella azul de su bandera de hijos en servicio por otra dorada. En su familia no había hijos varones, pero tanto Louisa como ella aportaron su granito de arena. Durante un tiempo, Louisa estuvo puliendo los torpedos de una fábrica militar. Y se podría decir que lo que hizo Rosalind sirvió para que la guerra terminara por fin. Pero ella sabe que también se trata de algo que la perseguirá hasta el día de su muerte.

En la actualidad, Rosalind se encuentra al otro lado del mostrador de la tienda de joyas antiguas y de segunda mano de los grandes almacenes Marshall Field, donde se encarga de clasificar y vender las joyas. Hay vidas entramadas en los artefactos con los que comercia: la trenza perfecta del cabello plateado de la madre de alguien remetida tras el óvalo de cristal de la parte trasera de un broche victoriano. El anillo en el que reluce una hilera de gemas —una esmeralda, una serafinita, una turquesa, una iolita, una malaquita y una ágata— cuyas iniciales deletrean la palabra «estima». Los hombres de la época georgiana le regalaban esos anillos a la mujer a la que amaban pero con la que no podían casarse. Rosalind no dejaba de preguntarse qué tipo de persona luciría la prueba de un amor que jamás iba a tener por completo.

Ella es una científica. Después de la guerra, los soldados que regresaban les arrebataron a las mujeres los puestos de importancia. «Ya puedes irte. Hemos vuelto.» Aunque lo más probable era que hubiera perdido su posición por más que las cosas no se hubieran torcido con Weaver, lo cual tampoco significa que no eche de menos los días que pasó en el laboratorio.

Esta noche, al salir de Marshall Field para volver a casa, triste y cansada, ha pasado junto a un hombre extraordinariamente alto que estaba apoyado contra la cristalera de ¡JOLGORIO ESTIVAL! Él la ha mirado con unos increíbles ojos azules. Lo ha vuelto a ver en Wabash. Cuando ha cruzado Erie ahí estaba él, con el sombrero de fieltro calado sobre el entrecejo, apresurándose antes de que el semáforo se pusiera en rojo. Los hombros anchos. De apariencia imponente, con una zancada resuelta. Ha sido entonces cuando Rosalind se ha dado cuenta de que llevaba la muñeca izquierda pegada a las

costillas, igual que una mujer que carga con su bolso para impedir que se lo roben. ¿Una herida de guerra, quizá? Él debe de haberla seguido hasta Lake Shore Drive porque, cuando ha llegado a la entrada de su edificio y se ha dado la vuelta para mirar calle abajo, ha entrevisto el destello azul de unos ojos que la observaban desde la acera de enfrente.

Frank, el portero, la ha hecho pasar.

—Señorita Porter. Es la mejor época del año, ¿verdad?

Quizá el tipo simplemente seguía el mismo camino que ella, y se haya tratado de una coincidencia. Durante la guerra, los hombres solían flirtear con ella hasta que descubrían a qué se dedicaba. La inteligencia siempre ha mitigado su atractivo. Ahora que ha cumplido treinta años y continúa siendo soltera, la gente ha comenzado a decir de ella que es «bien parecida». Rosalind odia esa maldita expresión. Que un extraño la hubiera encontrado atractiva le serviría para reforzar su autoestima. Su mayor miedo es el de convertirse en *esa* mujer: la que vive sola, aquella en la que nadie repara cuando camina por la calle. Una mujer que se haya vuelto invisible, desdenable. «Pobre señorita Porter. Nunca disfrutó de la vida.»

Abre de par en par todas las ventanas del salón para invitar a que la brisa del lago entre en su hogar. No importaba adónde tuviera que viajar por motivos de trabajo (y por Weaver, que Dios la ayude) —Tennessee, Washington, los desiertos de Nuevo México—, porque siempre se moría de ganas de regresar a aquel apartamento frente al lago reluciente, sus veleros y sus rascacielos.

Se quita la blusa, se desabrocha el sostén y deja que la

brisa le enfríe la piel sudorosa. Como vive en el decimoveno piso, de cara al agua, no hay nadie que pueda verla. Se desnuda así cada noche sofocante: es un ritual que le permite vestirse momentáneamente con el fresco aliento del lago. Los pezones se le endurecen con la corriente. El pelo se le despega de los hombros. En su día fue una mujer sensual, una mujer que había aprendido a buscar el placer. Ese era su secreto. Y su deseo no se ha detenido, pero sí los medios para satisfacerlo. Entre sus pechos desnudos cuelga la cadena que Weaver le dio mucho tiempo atrás, en la que se balancea una caja diminuta de oro y platino. Ha rechazado todo cuanto perteneció a Weaver menos esa antigüedad que él se trajo de Inglaterra. La caja en miniatura cuenta con una tapa que se puede abrir. En su interior esconde un jirón de pergamino con la palabra «Paciencia» escrita en tinta de un color marrón desleído. Debería renunciar a ese collar. Debería olvidarse de Weaver para siempre. Lucir esa baratija no la hace mucho mejor que aquellas mujeres que conservaban sus anillos de «estima». Pero lo que debería hacer y lo que es capaz de hacer son a menudo las dos incógnitas de una ecuación irresoluble.

Tras haber perdido su empleo en el Proyecto, ahora a duras penas puede juntar el dinero suficiente para pagar el apartamento de Lake Shore Drive que alquiló cuando se dejó llevar por unos ambiciosos sueños. Se había introducido en los niveles más elevados de la ciencia. Enrico Fermi, premio Nobel, era su mentor y creía en ella, contaba con ella. Había convertido a su estimada alumna en un activo. Y durante un tiempo ella pudo nadar en las cálidas aguas del descubrimiento elemental, ganando en todo momento más dinero del que la mayoría de las mujeres podrían llegar a esperar. La deslumbrante

vista desde el apartamento, su pulcra cocina a la última moda, el portero y la cafetería dentro del edificio le recordaban que durante una época dejó de ser una chica normal. Ahora siente que vuelve a ser normal, pero al menos su actual empleo no acabará asesinando a más de ciento cincuenta mil personas.

El teléfono suena en mitad de la cena. Dado que se ha tomado la molestia de cocinar una chuleta de cerdo, por fina y triste que le haya quedado, no piensa atender el maldito aparato. Más tarde, cuando ya ha lavado los platos y se ha dado un baño, el teléfono suena de nuevo. Sabe de quién se trata. Louisa nunca llama más tarde de las nueve. Sus amigas están demasiado agotadas a causa de sus hijos como para llamar a esa hora. Zeke, su mejor amigo, está fuera de la ciudad. Nota cómo aprieta la mandíbula. Podría optar por no responder. Pero la científica curiosa que hay en su interior no puede tolerar que una pregunta o un teléfono se queden sin responder.

—¿Diga?

—Rosalind.

Recibe la voz meliflua, el nítido acento británico, como un puñetazo en las entrañas. Ha llamado ya tres veces esta semana.

—Roz, ¿estás ahí?

—¿Qué quieres? —le pregunta.

—A ti.

Siente náuseas. Él representa todo lo que ella aborrece. Y todo lo que anhela.

—Weaver, déjame tranquila. Lo digo en serio.

—Escúchame. Necesito que me prestes atención.

Hace poco comenzó a llamarla de nuevo. Después de

cuatro años de silencio. Después de robarle el tiempo en el que ella podría haber encontrado un marido. Después de robarle su carrera.

Oye que él respira hondo.

—Roz, estuvimos tan unidos como podrían estarlo dos personas. Cuando estoy contigo soy mejor persona. Y sé que tú eras mejor a mi lado. Por favor, dime que nos veremos.

—No.

—Solo una vez. Para que pueda explicarte...

—¿Qué es exactamente lo que podrías explicarme?

—Lo que sucedió.

—Eso ya no importa. —Pero por supuesto que importa—. Me dijiste que no volviera a hablar contigo. Asumí que lo decías en serio.

—No. ¡No! Voy a explicártelo todo. Escucha, este es mi número. Cuando salí de Los Álamos desconecté el teléfono y perdí mi antiguo número. Por favor, anota el nuevo. ¿Tienes un bolígrafo?

No, y tampoco tiene intención de buscar uno.

—Hyde Park 3-5806. ¿Lo tienes? —Repite los números de forma deliberada, casi hipnótica—. Lo voy a decir una vez más. Ya sé cómo funciona tu memoria. Hyde Park 3-5806. Llámame.

Más tarde, tumbada en la cama, el prefijo y los números juegan dentro de su cerebro: son un estribillo envenenado.

En el laboratorio, los hombres se llamaban entre ellos por sus apellidos. Así que ella se acostumbró a llamarle Weaver. Ojos de color avellana que constantemente cambiaban de tonalidad, un impresionante cabello castaño y

un hoyuelo en el mentón a lo Cary Grant. Era la caricatura de un hombre atractivo. Él lo sabía, y eso era lo que más le desagradaba a ella. Su arrogancia. Su seguridad. Desde el principio fue consciente de que a aquel hombre le gustaba coquetear, y no solo con ella. La elegancia de su acento habría entusiasmado a cualquier chica. Weaver fue reclutado en la Universidad de Cambridge para unirse al Proyecto Manhattan, en Nueva York. Fermi se lo trajo a Chicago al año de que Rosalind comenzara a trabajar en el laboratorio.

Cuando le preguntó si le gustaba la ciudad, él contestó: «No me importa el lugar donde esté siempre y cuando trabaje en algo importante». Ella quería que él apreciara Chicago, que cayera bajo su fuerza, que reparara en su arquitectura y en el paseo frente al lago. Le dijo que era la ciudad definitiva de Estados Unidos. El corazón del país. Lo que sí apreció fue la comida y las artes. «Aquí hacen unos bistecs estupendos, lo admito.» Pero era un hombre que vivía en las colinas y valles de sus ecuaciones y teorías, que vivía para demostrar que tenía la razón.

La ciencia siempre les proporcionaba algún tema sobre el que hablar. A Weaver y a ella les encantaba discutir sobre las fuentes de neutrones. ¿Se había apartado Fermi del berilio en polvo demasiado pronto? Ella pensaba que sí. Él que no. ¿Y qué había de ese nuevo elemento secreto, el plutonio, que se obtenía bombardeando el uranio-238?

—Ahí está nuestro futuro —dijo ella.

—Es demasiado difícil de producir.

—Eso es lo que crearemos en el campamento de Hanford. Te apuesto mil dólares.

—Preferiría que fueran mil cenas juntos. —Weaver

estiró el brazo para sellar el trato y a continuación se llevó la mano de ella a los labios. Aún le debe años de cenas.

Rosalind tenía su propia visión de lo que deseaba obtener del proyecto. Sabía que al perforar un solo átomo de uranio se generaba una energía unos tres millones de veces superior a la de los combustibles fósiles. Si la controlaban y canalizaban, podrían darle un uso constructivo, calentando ciudades y alimentando máquinas de manera limpia y con una disponibilidad eterna. Pero, cuando compartió esa idea con Weaver, él le sonrió con aire de suficiencia.

—Duquesa, los nazis están trabajando en un arma atómica. En este mismo instante, en sus pequeñas guaridas, mientras se atusan el bigote. Ahora nadie piensa en otra cosa que no sea la guerra. Estamos entregados a la autodefensa, pura y simplemente.

Ella se molestó, pero no se sorprendió. Cuando observaba a los hombres que la rodeaban, le perturbaba lo mucho que disfrutaban de la guerra, la manera en que aquel conflicto parecía sacudirlos y darles la vida. Marcaban los árboles, intentaban demostrar que tenían la razón, se derrotaban entre sí. ¿La capacidad de extraer energía de un átomo... estaría segura alguna vez en esas manos masculinas?

2

En un restaurante como el Berghoff, que vibra lleno de familias, parejas y mesas para seis, el comensal solitario está condenado a llamar la atención, especialmente si se trata de uno tan alto como Szydlo. Ese es el motivo por el que ha pedido un lugar junto a la pared izquierda, alejado de la mesa para cuatro de Rosalind Porter pero lo bastante cerca como para poder observarla. Cuando Rosalind se inclina hacia su sobrina, sus pendientes dorados lanzan destellos sobre su pelo de color ébano.

Szydlo, que lleva vigilándola dos semanas, podría dibujarla con los ojos cerrados: el cabello negro y brillante que apenas se deja recoger por las peinetas de carey, la piel blanca como la leche, las cejas arqueadas en una expresión inteligente. Podría ser la hermana de Hedy Lamar. En una ocasión pasó junto a ella por la calle, quiso acercarse, dejar de estar cuarenta pasos por detrás. Y lo que captó no fue su perfume. En su lugar notó un olor a miel tibia. Piensa en ello cuando está en la cama sin poder dormir: su aroma puro y perfecto. Y, muy a su pesar, se excita.

Al observar a la señorita Porter hablando con su cuñado, sacudiendo la cabeza en dirección a su hermana, se da cuenta de que hasta el momento la ha visto como una figura solitaria. Así que le resulta fascinante adver-

tir que, incluso en ese instante, rodeada por otras personas, hay un movimiento lateral en sus ojos, la caída de una mirada hacia sus manos que dice que, pese a estar con los suyos, se siente alejada de ellos.

Esto es lo que ha descubierto acerca de Rosalind Porter: hace la compra en el A&P y se lleva productos simples y baratos, como si tuviera que ceñirse a un presupuesto —la fruta es del contenedor de las piezas magulladas, la carne es de la sección de ofertas—. Camina con expresión abstraída, como si su cabeza fuera un remolino de datos y cifras. La ha visto en el banco, señalando que había un error en su cuenta. El gerente acudió a disculparse, así que ella debía de tener razón.

Es organizada, rutinaria, sale del apartamento cada día a la misma hora y a la misma hora vuelve a casa. Queda con sus amigas muy raras veces, porque viven en los suburbios. Cuando conversa con ellas por teléfono —él disfruta al escucharla—, hablan sin parar acerca de sí mismas, sus hijos y sus maridos, y ella las anima a hacerlo. Solo le preguntan qué tal le va al final de la llamada, y a continuación se apresuran a colgar. La excepción es su amigo Zeke. Él le hace incontables preguntas personales, y dispone de toda la persuasión y la coquetería femeninas que le faltan a la señorita Porter. Se trata claramente de un viejo amigo. Cuando salen a cenar juntos, ella se enlaza a su brazo. Cuando se dirige a él, levanta la mirada hacia el cielo y se ríe. Hay amor entre ellos, pero no tal y como lo entiende la mayoría de la gente.

La señorita Porter no tiene una filiación religiosa evidente, rara vez lleva sombrero y suele ponerse sandalias para ir caminando al trabajo. Una vez, en Lake Shore Drive, se detuvo a mirar el lago durante más de cinco minutos. Szydlo tuvo que plantarse a la sombra de una

de esas grandes casas de piedra para poder observarla, con la esperanza de que no viniera nadie a decirle que se largara de su jardín. La visión de su falda larga inflándose por el viento como una vela con la brisa del lago le dejó embelesado. Sus rizos de color negro brillaban como una corona suntuosa. Cuando se volvió fue como si no supiera dónde estaba. ¿Qué había descubierto en el oscuro titilar de las aguas?

Ahora, mientras habla con su sobrina, él se da cuenta de que de repente parece alegre y cercana. Por la ternura con la que acaricia el cabello de la niña, por la manera en que se inclina hacia ella, resulta evidente lo mucho que aprecia esa imagen especular, a esa niña de diez años que guarda un parecido asombroso con ella. Si Rosalind Porter es una figura gélida y solitaria, el amor por su sobrina hace que se derrita.

—¿Pido el *Wiener schnitzel* o el *sauerbraten*? —le susurra Ava a Rosalind. Ava ha sido cliente habitual del Berghoff desde los dos años. Nada de menú infantil para ella.

—¿Qué necesitas más: que te abracen o que te hagan reír? —pregunta Roz.

—¿Cuál es cuál?

—El abrazo es el *sauerbraten*. El *Wiener schnitzel* es más divertido.

—¿Y por qué no lo he probado? *Wiener schnitzel*. *Wiener schnitzel*! Dilo tú.

Rosalind lo hace hasta que a las dos las interrumpe la risa. Las comidas con Louisa, Henry y Ava son el verdadero norte de Rosalind. Louisa, veinte años mayor que ella, es la única madre que recuerda, y se siente más unida a Henry de lo que jamás estuvo con su padre. Des-

pués de que Louisa naciera, su madre fue incapaz de tener otro hijo. Y entonces, a los cuarenta y dos años, se quedó estupefacta al descubrir que estaba embarazada. Seis meses después de la llegada de la pequeña Rosalind, un cáncer de ovarios acabó con su vida. ¿Era el cáncer lo que la había vuelto fértil al fin? ¿O fue el embarazo lo que le dio un impulso letal al cáncer? El resultado, en cualquier caso, fue una niña huérfana de madre.

Durante mucho tiempo, en cada uno de sus cumpleaños Rosalind recibió como obsequio el relato de su infancia, una tradición similar a la de cantar el *Star-Spangled Banner* en los partidos de béisbol. Cuántas veces habrá oído que, tras perder a su esposa, el doctor Porter contrató a un ama de llaves para que cuidara de su hija. Y cómo, al llegar a casa una tarde de invierno, él oyó llorar a la niña desde la acera y se la encontró tumbada en el suelo, completamente desnuda salvo por un pañal sucio. Al levantarla vio que tenía la piel helada. Había hecho autopsias a cadáveres con los labios menos azulados. ¿Y dónde estaba el ama de llaves? En el comedor. Había perdido el conocimiento y había caído debajo de la mesa. El pliegue doblado hacia arriba de la falda mostraba un par de ligas de color rosa y una funda que estaba vacía, ya que tenía la petaca en la mano. «Y así fue como Louisa comenzó a cuidar de ti.»

Era una historia que Rosalind llevaba escuchando desde mucho antes de que pudiera comprender su significado. («¿Por qué estaba el ama de llaves en el suelo? ¿Qué es una petaca?») Cuando tuvo la edad suficiente para comprender más cosas, interrogó a Louisa, a su padre y a Henry, pero cada uno de ellos le contó el resto de la historia a su manera.

Por su padre supo que, después de que despidieran

al ama de llaves, Estelle, la vecina del doctor, les «dejó» a su criada mientras ella pasaba el verano en Míchigan. Pero era necesario encontrar a una niñera a tiempo completo, y con rapidez. El doctor rechazó a una candidata tras otra. Tenía cincuenta y seis años, y era un hombre importante: había abandonado su consulta privada para convertirse en el médico forense del condado de Cook. El crimen organizado estaba en alza. Difícilmente pasaba una semana sin que el «doctor Joe» apareciera retratado en el *Tribune*, plantado junto a un cadáver hinchado como un pez globo que acababan de extraer de las profundidades del río Chicago. ¡El doctor Joe era un tesoro para la ciudad! Los titulares de primera página decían:

¡EL DOCTOR JOE TESTIFICA QUE DISPARARON
A O'FLAHERTY CON UNA METRALLETA A TRAVÉS
DE UNA VENTANA ABIERTA!

—Yo era un hombre importante. ¿Cómo podía encargarme de un bebé, y encima siendo niña? —le explicó su padre—. Llegué a pensar que alguna buena familia que hubiera tenido problemas para concebir podría ofrecerte una vida mejor.

—¿Quisiste darme en adopción?

—Bueno, era por tu bien... y por el mío propio, claro.

—Rosalind cree que nunca se ha sobrepuesto a esa frase.

Louisa cuenta que le dijo a su padre:

—Si das al bebé en adopción, nuestra madre se revolverá en su tumba.

—Entonces, ¿qué se supone que he de hacer? —preguntó él—. El ama de llaves de Estelle va por todas partes con un panfleto de misticismo teosófico en el bolsillo del delantal. Si la cría el personal doméstico, tu hermana

crecerá como una salvaje, o, peor, como una demócrata. Se supone que no debo asumir la responsabilidad de criar a un bebé. ¡Soy un hombre!

«Un hombre.» Los hombres realizaban trabajos importantes. Las mujeres eran su andamio. Eso era lo que su madre le había enseñado a Louisa, lo cual quería decir que sus excelentes notas en el instituto posibilitarían que de mayor cuadrara bien el dinero para la compra hasta llegar a final de mes. Podría leer algún libro por placer en sus ratos libres, pero ir a la universidad nunca fue una opción.

A los veintiuno, Louisa había conseguido lo que su madre consideraba que era el mayor logro de una mujer: hacerse con un buen marido. Henry y ella vivían a pocas calles de la casa de su padre, en un adosado recién construido. Tenían muchas ganas de pasar algunos meses libres de responsabilidades, meses de romance y desayunos en la cama, antes de comenzar a formar una familia. Estaban a finales de 1920. La guerra había terminado. Las mujeres podían votar, podían mostrar los tobillos. Henry y ella habían planeado un viaje en bicicleta por Wisconsin. Incluso hablaron de tomar un tren a Nueva York y un barco de vapor a París. «Estábamos enamorados. Queríamos ser antes que nada una pareja. No una familia. Yo quería ser la chica bonita que iba cogida del brazo de un hombre», le dijo Louisa a Rosalind años más tarde, al parecer aún resentida.

Pero, en vez de dejar a su hermana pequeña en manos de los teosofistas, Louisa y Henry se llevaron a casa la cuna y la sillita de Rosalind, y se prepararon para dejar de dormir por la noche. Como toda criatura abandonada, Rosalind era muy dependiente. «Hundías los dedos en mi brazo cada vez que yo intentaba acostarte. Eras como un bebé mono», le contó Louisa.

Esa descripción sigue haciendo que Rosalind se encoja de vergüenza.

La opinión de Henry siempre ha sido más amable: «¡Qué lista eras! ¡Qué regalo! A los nueve meses ya hablabas. Al año y medio contabas hasta cien. Y tu primera palabra fue “por qué”. “¿Por qué te llevas mi cuchara? ¿Por qué tengo que irme a dormir? ¿Por qué?” A los dos años y medio, un día en el que volcaste la leche y esta goteó al suelo desde la bandeja de tu sillita, preguntaste: “¿Por qué círculo?”».

A ella le encantaba escuchar las historias de Henry que la tenían por protagonista, pero aquella le gustaba mucho. Henry le contó que se levantó de la mesa donde estaba desayunando para mirar lo que le señalaba, y vio que cada nueva gota irradiaba un anillo perfecto en la leche ya derramada.

—Es una buena pregunta —le dijo—. Bueno, diría que cada gota de leche es redonda. Así que, al golpear contra la leche ya derramada, deja una huella redonda. Un círculo.

Henry le contó lo que sabía acerca de la tensión superficial. Le habló sobre la manera en que las moléculas procedentes de todas las direcciones se juntaban para convertir cada gota en una esfera. Incluso le dibujó un diagrama.

—Es una estupidez. Es imposible que lo entienda —se quejó Louisa.

Pero más tarde, según le ha contado a menudo, después de acostar a Rosalind en la cuna, estaba bajando la persiana cuando ella señaló hacia la luna llena.

—¿Por qué la luna es círculo? ¿La luna es moléculas?

—¿La luna? —preguntó él—. Sí.

—¿Moléculas *todajuntas*? ¿En todas *darecciones*? —Movió las manos a modo de demostración. Él, con una sonrisa en los labios, levantó la mirada hacia el orbe celeste.

—Y ese fue el momento, chiquilla, en que supe que ibas a ser una científica.

—He estado pensando en intentar buscar otro trabajo relacionado con la ciencia —se atreve a decir Rosalind en voz baja, mirando a todos los presentes, pero dirigiéndose en especial a Henry. Es algo terrible, su amor por la ciencia, que la ha traicionado.

—Me alegro por ti —dice Henry—. Me alegro por ti.

—La echo de menos —dice ella.

—Me lo imaginaba.

—Intento ir a conferencias. Sigo recibiendo la *Revista de Física Aplicada* y la *Revista Americana de Física*. Intento leer todo lo que puedo.

A Louisa se le ensanchan los orificios nasales.

—Ahora que han regresado todos los soldados, ¿de verdad crees que habrá algún puesto científico disponible para una mujer?

Rosalind abre la boca, y a continuación la cierra.

—Eres especial —dice Henry—. Lo conseguirás ahora igual que lo conseguiste antes.

—¡Tú puedes, Rozzie! —dice Ava. Pero Rosalind se da cuenta de que Louisa tiene razón: ¿quién la contratará, más aún después del informe de Weaver?

Henry estira el brazo por encima de la mesa y le aprieta la mano.

—Es tu destino. Solo tienes que volver a creer en él. Mientras Ava se come entusiasmada el *Wiener schnit-*

zel y Louisa despotrica sobre sus nuevos y horribles vecinos y su miedo al avance serpenteante del comunismo, Rosalind frunce el ceño, sacude la cabeza, mira a su alrededor en un intento por distraerse de la nauseabunda sensación que se agita en su interior: la sensación de que no volverá a ser feliz. El Berghoff está lleno de familias. Amantes. El resto de la gente parece estar pasando un buen rato. Salvo en una mesa junto a la pared, cerca de la barra, en la que Roz ve a un hombre. Incluso sentado es más alto que todas las personas que le rodean. Se fija en su corte de pelo militar, en sus facciones regulares, en el hecho de que su mesa está puesta para una sola persona. ¿Por qué cena solo un hombre tan atractivo? Y entonces, pese a que la barra le oculta la mitad de la visión, repara en la manera en que tiene pegada la muñeca contra las costillas. Se le seca la boca. Es él. Está segura de ello. Es el hombre que la siguió el día anterior hasta casa. Él levanta los ojos y sus miradas se cruzan. Ella puede ver el color de esos ojos a media sala de distancia. Son azules, de un azul eléctrico de lo más extraordinario. Pierde el hilo de la conversación de su hermana. ¿Quién es ese hombre? ¿Un admirador o un lunático? Siente un escalofrío.

—¿Te has quedado sorda, Roz? —le pregunta Louisa—. Te acabo de preguntar a qué suburbio se ha mudado Jane Ann.

—Oh..., perdón... Glenview.

—Eso, Glenview. A ese quiero echarle un vistazo para nosotros.

—No nos vamos a mudar a los suburbios —dice Henry—. ¿Estás bien, Roz? Te has quedado completamente pálida.

—No, no es nada. Lo siento. Se me ha ido la cabeza.

—Muchos hombres resultaron heridos durante la guerra. Probablemente no se trate del mismo. Aun así, el corazón le martillea en el pecho. Pasa un brazo sobre los hombros de Ava.

—¿Qué, te has divertido con el *Wiener schnitzel* o no?
—pregunta, empujando las palabras a través de la cerrazón que nota en la garganta.

—¡Mucho! Ahora es mi plato favorito.

Rosalind levanta la mirada y ve que los ojos celestes del hombre abandonan su rostro con la brusquedad con que uno apartaría los dedos de una estufa ardiente.